

ser presentado á la alcaldía para tomar acta de su nacimiento, dándose á entender con estos símbolos que el ciudadano pertenece á la patria desde el nacimiento hasta la muerte. Si comparamos estos dos cuadros, no cabe duda que el anverso es más hermoso que feo el reverso, que el haber supera con mucho al debe, lo que obliga á reconocer que Chaumette, en medio de sus exageraciones y errores, poseía un alma inclinada al bien y un corazón sano. No obstante la creencia, tan extendida todavía, de que solamente la religión puede inspirar la caridad, la abnegación, el sacrificio, los redentores ideales y las santas obras, y de que fuera de la religión todo es egoísmo, indiferencia y frialdad, Chaumette, con todo su amor al prójimo, carecía de sentimiento religioso. En aquella desentrenada reacción contra el antiguo régimen y la religión antigua, llegó este exaltado jacobino, como otros tantos, á contraer un odio ciego y mortal á toda idea religiosa, siendo fanático de ateísmo como tantos lo fueran de devoción supersticiosa. Al modo que Hebert sentía por la creencia en Dios el odio que tienen los malhechores á todo freno moral, así también Chaumette, y otras muchas cabezas exaltadas y perturbadas, que vislumbraban confusamente un nuevo orden moral, soñaban en una especie de religión sin Dios, y se lanzaron á implantarla.

Empujóles y ayudóles en la empresa un hombre de una imaginación más ardiente aún y de perspicacia mucho más delicada y extensa: el barón alemán Clootz, que trocó su nombre de pila por el griego de Anacarsis, natural de Cleven, en el Bajo Rhin, entregado en cuerpo y alma á la Revolución francesa, y que perseguía el grandioso proyecto de hacer de Francia el centro de la República universal y de París la capital del género humano. No era Clootz un ateo vulgar; era un filósofo panteísta, que confundía á Dios con la naturaleza, al Creador con la creación, y adoraba lo que llamaba el gran Todo, resumido aquí abajo en el género humano. Dejémosle á él que se defina á sí mismo. Mi secta no es otra que el género humano.—Tengo la desgracia de no ser de mi siglo; soy un loco al lado de nuestros pretendidos sabios.—Todo lo que la naturaleza encierra es eterno é imperecedero como ella. El gran *Todo* es perfecto, á pesar de las faltas aparentes ó relativas de sus modificaciones. Nosotros no moriremos nunca, transmigraremos eternamente en la reproducción infinita de los seres que la naturaleza recalienta en su seno y nutre con la leche de sus innumerables pechos.—No hay otro Eterno que el mundo. Añadiendo un incomprendible *Theos* (Dios) á un incomprendible *Cosmos* (mundo), se dobla la dificultad sin resolverla.—El pueblo es el soberano del mundo, es Dios, y la Francia el punto de unión del Pueblo-Dios. Un cuerpo no se hace la guerra á sí mismo; por esto, el género humano vivirá en paz cuando no formará más que una sola nación. Los hombres aislados son simplemente animales. El punto de apoyo de Arquímedes buscó en vano para mover la tierra, y que el clero, según Hume, encuentra en el cielo, vosotros, hermanos míos, lo encontraréis en Francia para derribar los tronos.—París es una asamblea nacional, por la

misma fuerza de las cosas; es el vaticano de la razón.» Este gran panteísta sólo tenía de común con los hebertistas, con quienes todos los historiadores le han confundido, su odio á los sacerdotes, tan violento que le arrastró, á él, apóstol entusiasta de la humanidad, á celebrar las matanzas de Septiembre. «¡Pluguiese á Dios que la jornada del dos de Septiembre se hubiese extendido á todas las capitales de Francia! No veríamos hoy á los ingleses llamados en Bretaña por sacerdotes, á quienes sería menester no deportar, sino *septembrizar*». Después de lo dicho, es ocioso añadir que el movimiento contra el culto católico no tuvo promovedor más ardiente que Clootz.

Empezó este movimiento, como hemos dicho, en los primeros días del mes de Octubre. El libertinaje de unos sacerdotes, las cínicas apostasías de otros y la facciosa intolerancia de los más, cuéntase entre las principales causas que lo prepararon. No hay rebeliones medias cuando se hunden los poderes fundados en el prestigio; el pueblo se venga de haberlos adorado pisoteándolos. Tal hizo ahora. No se contentó con transformar, en nombre de las públicas necesidades, los objetos preciosos de los templos en moneda, sus bronce y sus cobres en bombas y cañones; en muchas localidades se destruyó por destruir, á pesar de los decretos de la Convención, los altares y los santos. Varios de los representantes en comisión alentaban y provocaban estas devastaciones, como el ex-sacerdote Fouché, el cual, antes de ir á presidir las matanzas de Lyon, empujó á la Municipalidad de Nevers á suprimir el culto y enviar á la Convención los tesoros de la iglesia de esta ciudad. «Se suspendieron peligrosos andamios para raspar en las altas bóvedas figuras de Papas; veladas hacía un siglo por telas de araña». Bajóse de sus ornacinas á los santos, se desalojó á las vírgenes, se derribaron balaustradas, en medio de estrepitosas risas. La lámpara del comisario se paseó irreverentemente por el fondo de las criptas, por la pálida faz de los muertos, y los restos de retablos se amontonaron en depósitos «como informes morrillos en una cantera». Vaciados fueron los armarios de las sacristías, vendido lo que contenían en pública subasta, y se vió á revendedoras traficar con ornamentos sacerdotales, y casullas colgadas al lado de calzones en las tiendas de prenderos. Más de una vez se presentaron á la Convención peticionarios disfrazados con mitras, capas y casullas, semejando comparsas carnavalescas. El primero de Noviembre, pareció una diputación llevando cruces de oro, báculos, mitras, diez y siete baules repletos de vajilla y un barrero lleno de doblones. Las secciones de París, excitadas por Hebert y Chaumette, pidieron á la Convención suprimir el salario del clero: Clootz llevó á cabo un golpe de más efecto.

El obispo constitucional de París, Gobel, no creía ya en los dogmas de la Iglesia. Sabedor de esto, Clootz corre á verle, le insta á renunciar las funciones de ministro del culto y logra decidirle. La importancia del acto requería que se le revistiese de una manifestación solemne, que se preparó de acuerdo con Chaumette. El siete de Noviembre, Go-

bel, sus vicarios y varios curas párrocos de París comparecen en la barra de la Convención, acompañados de las autoridades municipales y departamentales, y el obispo, en actitud grave y voz solemne, declara que no debía haber en adelante otro culto nacional que el de la Libertad y la Igualdad, y que, en su consecuencia, renunciaba sus funciones de sacerdote católico, entregando el báculo y el anillo. Chaumette pide que aquel día, en que «la razón recobraba su imperio», figure en el calendario republicano entre las «brillantes épocas de la Revolución francesa».—«Ciudadanos, responde el presidente de la Asamblea, el diputado Laloï, ciudadanos que acabáis de abjurar el error, vosotros no queréis predicar en adelante más que la práctica de las virtudes sociales y morales; este es el culto que el Sér Supremo encuentra agradable». Por esta respuesta, el presidente de la Convención se pronunciaba á la vez contra el catolicismo y contra el ateísmo. Acto seguido abrazó á Gobel, y los dimisionarios recorrieron el salón en medio de atronadores aplausos, cubierta la cabeza con el gorro frigio. El obispo constitucional de Evreux, Tomás Lindet, hermano de Roberto Lindet, otros dos obispos y algunos sacerdotes, individuos de la Convención, abdicaron sus funciones espirituales, á ejemplo de Gobel. Lo propio hizo un ministro protestante. El ex-obispo Lindet pidió que las fiestas religiosas fuesen reemplazadas por fiestas cívicas. En estos instantes, llega á la sesión otro sacerdote diptutado, Gregorio, obispo de Blois, rudo jansenista, carácter indomable, tan convencido de la verdad del cristianismo como hostil á la infalibilidad del Papa, que había presidido la Convención en traje episcopal, y de sotana había recorrido en el campamento de Brun las filas del ejército. Se le invita á seguir el ejemplo de los otros, y responde: «No tengo más que noticias muy vagas de lo que ha pasado aquí antes de mi llegada. Se me habla de sacrificios á la patria; estoy habituado á ellos. ¿Se trata de adhesión á la causa de la libertad? Hace tiempo he dado pruebas de amarla. ¿Se trata de la renta asignada á las funciones de obispo? Renunció á ella sin pena. ¿Se trata de religión? ¡Ah! A esto no alcanzan vuestros poderes. Se me atormentó para aceptar la carga del obispado en un tiempo en que se hallaba rodeado de espinas, y se quiere atormentarme ahora para forzarme á una abdicación que no se me arrancará! He procurado hacer el bien en mi diócesis; seguiré siendo obispo para hacerlo todavía. Invoco la libertad de cultos».—«¡No se quiere forzar á nadie!», gritaron á su alrededor varias voces, y se respetó su resistencia. Sabían todos que no había ciudadano más devoto á la Revolución y á la República.

Cloutz, ebrio de gozo, fuése al Comité de Salvación Pública á vanagloriarse de su iniciativa en el acto que acababa de realizarse. Robespierre le atajó con tono severo: «Usted nos ha dicho últimamente que era menester entrar en los Países Bajos, devolverles la independencia y tratar á sus habitantes como hermanos... ¿Por qué, entonces, trata usted de enagenarnos á los belgas, combatiendo prejuicios que usted sabe les son muy caros?»



LA FIESTA DE LA DIOSA RAZÓN

Lit. Felipe Gonzalez Rojas - Editor

CAPILLA ALFONSO X
MUSEO DE HISTORIA NATURAL
MUSEO DE CIENCIAS Y LETRAS

«¡Oh, respondió Cloutz, el mal está ya hecho; mil veces se nos ha tratado de impíos!»— «Sí; pero no había hechos».—Cloutz palideció y se retiró silencioso. Vió claramente que el motivo de aquella dura reprensión no era el acto, con el que no podía menos de simpatizar Robespierre; era odio de partido, de secta, precursor de terribles catástrofes.

Chaumette, por su parte, empujó el movimiento adelante haciendo decretar aquella misma tarde, en el Consejo general de la municipalidad, que el diez de Noviembre se celebraría, «en la ex-iglesia metropolitana», una fiesta en honor de la destrucción del fanatismo. Al efecto, se construyó en el coro de Nuestra Señora una montaña de madera pintada, y sobre ésta se levantó el templo de la Razón, iluminado por «la antorcha de la Verdad». En la fachada del templo se leía: A LA FILOSOFÍA, y bustos de filósofos adornaban la puerta de entrada. Las autoridades de París, precedidas de un coro de doncellas vestidas de blanco, marcharon en procesión hasta el pie de la montaña, y entonces la Razón, representada por una afamada tiple de la Opera, madame Maillard, salió del templo y se adelantó á recibir los homenajes de los asistentes, que entonaron en su honor el himno de la Libertad, letra de Chenier y música de Gossée, mientras las dos filas de doncellas atravesaban la montaña con antorchas en la mano. Acabada la ceremonia, se llevó procesionalmente á la Razón á la Asamblea, al son de la música. Sobre vistosa peana, adornada de guirnaldas de roble, iba sentada la Razón, vestida de nivea túnica, encima manto azul celeste, el gorro de la Libertad en la cabeza y una pica en la mano. Ajeno á las abstracciones de Cloutz y Chaumette, el pueblo sólo veía en aquella mujer la imagen viva de la Libertad y de la República. La procesión entró en la Asamblea en medio de los delirantes aplausos de los diputados. Chaumette, presentándose en la barra, habló: «Legisladores: El fanatismo huye despavorido. Sus bizcos ojos no han podido sostener el brillo de la luz... Hoy, un pueblo inmenso se ha reunido bajo las bóvedas góticas, que por vez primera han servido de eco á la verdad. Allí hemos abandonado ídolos inanimados, por la Razón, por esta imagen animada, obra maestra de la naturaleza...» La encantadora diosa descendió de su trono y fué á sentarse al lado del presidente. A petición de la Municipalidad, la Convención decretó que la ex-iglesia metropolitana sería en adelante el templo de la Razón, y luego recondujo á la nueva deidad á su casa, donde «se entonó otra vez, en medio del pueblo, el himno á la Libertad».

Por bello que fué este himno, la fiesta resultó muy fría, meramente terrenal y mundana, de seducción para los ojos, sin encanto ninguno para el alma. No se comprende que personas formales, representantes de un pueblo, perdiesen el tiempo en un entretenimiento verdaderamente infantil, que dejaba seco el espíritu. ¡Qué ilusión! ¡Crear que con representar á la Razón en la figura de una actriz y elevarla un templo de cartón, iban á reemplazarse las fiestas del Catolicismo! Ni que, en lugar de una personificación abstracta de la razón humana, es decir, de una de las facultades del hombre, se hubiese celebrado